

conjurados á tres por el arresto de Pieri, tomaron posicion sobre el andén, frente á la entrada principal del teatro, entre las casas y la multitud de curiosos. A la llegada de los coches imperiales, Gomez arrojó la primera bomba. Entonces Orsini dijo á Rudio: «Arroja la tuya.» Este la arrojó en efecto, refugándose en una taberna desde donde oyó la detonacion de la tercera, y de donde pudo salir despues á favor del tumulto. La herida que sufrió Orsini fue la única causa que impidió lanzar el cuarto proyectil.

Sabido es lo demás. Nunca complot homicida reunió mas probabilidades de consumarse: jamás la mano de la Providencia se mostró mas ostensiblemente para desviar los golpes de los asesinos de su verdadero objeto. Necesario fue que el mas feroz tal vez de estos hombres turbulentos fuese conocido algunos minutos antes del golpe; fue preciso que uno de los instrumentos de muerte hiriera al mismo jefe del complot, de bastante gravedad para impedirle completar su obra, y bastante ligeramente para reservar el castigo merecido por sus crímenes.

El 12 de febrero la Sala de Acusacion oyó el relato de la instruccion que le presentó M. Sallé, substituto del procurador general (ó fiscal), y el tribunal dictó providencia por la que remitia al tribunal de Assises del Sena, á Pieri, Rudio, Gomez, Orsini y Bernard, este último ausente.

El 25 de febrero comparecieron los autores del atentado ante el jurado del Sena; el tribunal de Assises estaba presidido por el primer presidente M. Delangle. El Procurador general era M. Chaix d'Est Ange, ilustre abogado del foro de París recientemente puesto por el Emperador á la cabeza del ministerio fiscal.

Introdúcese á los acusados. Orsini atrae todas las miradas. Es un hombre de elevada estatura, vestido con esmero. Su frente espaciosa, su cabellera espesa, negra y entremezclada de hilos de plata; lleva patillas negras; sus ojos son pequeños y brillantes. El conjunto de su persona es el de un hombre de distincion. Gomez y Pieri tienen el cutis atezado y los cabellos negros del italiano; el semblante del primero es insignificante; el del segundo duro y uraño. Rudio es moreno: su fisonomía es apacible.

Se lee el acta de acusacion:

«Se ha dirigido un nuevo atentado contra la vida del Emperador. S. M. salió salvo; pero numerosas víctimas resultaron heridas á su alrededor. En efecto, nada detiene el furor de las pasiones demagógicas. La pistola y el puñal no son ya suficientes. A estos instrumentos mortíferos han sucedido máquinas concebidas y preparadas con arte infernal. Una cuadrilla de asesinos procedentes del extranjero, que salieron últimamente de Inglaterra, cuya generosa hospitalidad se ha puesto en provecho de execrables designios, se encargó de lanzar contra el Emperador esos nuevos elementos de destruccion. Para herir á su persona sagrada, era preciso sacrificar á una princesa conocida de todos por sus beneficios; era preciso herir tambien á la ventura á una multitud reunida. Los asesinos no retrocedieron por eso. Pero la Providencia velaba por la salvacion del país, preservan-

do la vida tan preciosa del Emperador, protegiendo de la misma suerte á la noble compañera asociada á sus peligros, y permitiendo que los autores directos del atentado fuesen cogidos inmediatamente para responder ante la justicia de un crimen dirigido contra la grandeza y la prosperidad de Francia, y contra la vida del soberano que ella se ha dado.»

Despues de este exordio, el acta de acusacion relata los hechos ya espuestos y hace con una sencillez luminosa, pero de un modo incompleto necesariamente, la historia del complot.

Entre tanto se deposita en la mesa el cuerpo del delito y piezas de conviccion, las pistolas aprehendidas, la bomba encontrada en la calle Rosini, y los puñales. En una botella llena de aceite está el fulminato de mercurio. Un paquete contiene varios vestidos, algunos de los cuales ensangrentados y llenos de agujeros, han pertenecido á las víctimas del atentado.

Se procede al llamamiento de treinta y tres testigos citados por el ministerio público. Muchos llevan cicatrices de heridas, y sus facciones revelan recientes padecimientos.

El interrogatorio de los acusados comienza por Gomez.

*Presidente.* ¿Persistís en las declaraciones y confesiones que habeis hecho?

*Gomez,* con voz débil. Sí señor.

El acusado refiere en pocas palabras sus relaciones con Pieri y Orsini, en casa del cual le prometió el primero colocacion. En casa de Orsini fue donde vió á Bernard. En la chimenea de Orsini habia una bomba «semejante á las que despues han servido para el atentado; pero entonces, yo no sabia lo que era.»

*Gomez* da cuenta brevemente de su viaje á París á donde fue enviado á casa de un armero á pedir una pistola.

*Presidente.* Lleguemos al dia 14 de enero. Decid lo que hicisteis este dia y lo que hicieron vuestros coacusados.

*Gomez.* Orsini salió á las nueve de la mañana, diciéndome que volveria á las tres; volvió á las cuatro; vino solo. Volvió á salir entre cuatro y media á cinco, tambien solo, y regresó á poco. Media hora despues llegaron Pieri y Rudio, á las seis y media. No hablaron nada. Orsini me entregó una bomba diciéndome que le siguiera.

*Presidente.* ¿Para qué os entregó esa bomba? ¿Qué uso trataba de hacer de ella?

*Gomez.* No lo sabia.

*Presidente.* Guardaos de incurrir en inverosimilitudes. Veniais de Inglaterra á Francia con un hombre cuyas opiniones políticas conociais; veniais con nombres supuestos, con pasaportes falsos, se os entregó una bomba ¿y quereis hacer creer que no sabiais el uso á que era destinada?

*Gomez.* Lo digo, porque es verdad. En el momento en que se me entregó, solo creia que se me encargaba de llevarla simplemente.

*Presidente.* Continúad vuestro relato sobre el dia 14.